
Redentores populistas en el Neoliberalismo: nuevos y viejos populismos latinoamericanos

Carlos de la Torre *

Este artículo discute críticamente la bibliografía sobre el neopopulismo latinoamericano. Se analiza cómo los investigadores explican las relaciones entre los líderes neopopulistas y sus seguidores y los impactos de estos liderazgos en las nuevas democracias latinoamericanas. El artículo argumenta que el populismo latinoamericano es un fenómeno político producto de una forma particular de incorporación de la gente común a la comunidad nacional. Esta se basa en una retórica en la que el pueblo representa la verdadera nación que antagonicamente confronta a la oligarquía y en una interpretación de la democracia como movilizaciones a favor de un líder que encarna las aspiraciones y deseos populares, más que como el respeto a instituciones y procedimientos.

Palabras clave: Populismo, neopopulismo, democracia, clientelismo, discurso político.

Los éxitos electorales de Alberto Fujimori en el Perú, Carlos Menem en la Argentina, Fernando Collor de Mello en el Brasil, Abdalá Bucaram en el Ecuador y Hugo Chávez en Venezuela han sido explicados, por un gran número de politólogos y sociólogos, por la profunda crisis económica, política e ideológica de la región latinoamericana. Se argumenta que los partidos políticos son remplazados por gente marginal a la política o por políticos de viejo cuño que se sitúan al margen de la política tradicional y se auto-proclaman en redentores de la nación. Estos políticos han interpretado la crisis,

* Agradezco a Carmen Martínez-Novio y al lector anónimo de la *Revista Española de Ciencias Políticas* por sus comentarios a una versión preliminar de este trabajo.

al igual que muchos electores, como el resultado de las acciones de los políticos tradicionales y han argumentado tener la voluntad y la capacidad técnica para resolver *todos los problemas* de la nación. Los científicos sociales han usado las categorías de «neopopulismo» (Knight, 1998; Novaro, 1996; Roberts, 1995; Weyland, 1996), «democracias delegativas» (O'Donnell, 1994) y «la política de la anti-política» (Panfichi, 1997; Schedler, 1996) para explicar por qué emergen estos líderes y para discutir cuál es su impacto en las democracias latinoamericanas.

Las transformaciones de la estructura socioeconómica asociada a la crisis del modelo de sustitución de importaciones, el fin de las políticas estatales keynesianas y nacionalistas, el notable incremento de la pobreza y del número de personas que se desempeñan en el sector informal de la economía y el vacío ideológico dejado por el marxismo explicarían el ascenso de estos «caudillos electorales de la posmodernidad» (Vilas, 1995a). Al concentrarse en el análisis de las transformaciones de la economía y de la estructura de clases, se puede explicar las diferencias entre los movimientos usualmente denominados populistas y estas nuevas experiencias. La base social de los llamados neopopulismos, por ejemplo, se basa en una alianza entre élites emergentes con los más pobres, excluyendo a los sectores organizados de la sociedad tales como las clases medias, el proletariado y la burguesía industrial que fueron la base de apoyo de los populismos clásicos como el peronismo, el varguismo y el cardenismo. Los líderes neopopulistas han promovido políticas económicas basadas en las privatizaciones de empresas que en muchos casos fueron nacionalizadas por sus predecesores populistas, en la apertura de la economía, la reducción del aparato estatal y la confianza, casi ciega, en el mercado. Estas políticas económicas son tan opuestas a las políticas keynesianas de sus predecesores que varios estudiosos han cuestionado el uso de la categoría populismo antecedida por la articulación “neo” para analizar los gobiernos de Bucaram, Collor, Fujimori y Menem (Quijano, 1998; Lynch, 1999). Pero como lo demuestran Marcos Novaro (1996), Kenneth Roberts (1995) y Kurt Weyland (1996) estos líderes no sólo continúan con un tipo de retórica política y de liderazgo personalista similar a sus predecesores, sino que también las políticas macroeconómicas neoliberales excluyentes se acompañan de políticas micro-distributivas que parcialmente incluyen a los más pobres a expensas de los sectores organizados que fueron los beneficiarios de la sustitución de importaciones.

Independientemente de si se emplean o no las categorías de neopopulismo y de populismo, los investigadores tienen que explicar cuáles son las relaciones políticas, culturales y materiales entre los líderes y sus seguidores. El estudio de las transformaciones estructurales que explica por qué surgen estos líderes y el análisis de sus políticas económicas no puede sustituir la reflexión sobre cuestiones políticas fundamentales, que muchas veces no son debidamente analizadas, como son: ¿cómo llegan al poder estos líderes?, ¿cuáles son sus estilos políticos? y ¿cuál es su impacto en los últimos procesos de democratización?

Este artículo discute críticamente cómo los investigadores explican las relaciones entre los líderes neopopulistas y sus seguidores y los impactos de estos liderazgos en las nuevas democracias latinoamericanas. Se analizan cuatro experiencias “neopopulistas” que han sido vistas como paradigmáticas en la bibliografía sobre el tema: los “éxitos” de Fujimori y Menem que los llevaron a la re-elección y los fracasos de Collor de Mello y Bucaram que fueron destituidos antes de terminar sus períodos presidenciales. Este trabajo no pretende discutir toda la bibliografía escrita sobre el tema. Más bien, a través de la reflexión crítica sobre algunos trabajos recientes se sugiere una visión alternativa sobre el populismo latinoamericano en sus versiones clásica y contemporánea.

I. «EL POPULISMO COMO EL AMOR ES UNA COSA MUY ESPLENDOROSA»
(PERUCCI Y SANDERS, 1989: 33)

La evocación de figuras carismáticas, la movilización de sectores populares en contra de regímenes oligárquicos, las políticas estatales redistributivas y nacionalistas, o, desde otro punto de vista, la presencia de masas anómicas lideradas por caudillos que se auto-proclaman como la encarnación de los deseos y aspiraciones populares y de políticas fiscales irresponsables hacen que el término populismo sea uno de los más ambiguos y controvertidos en las ciencias sociales (De la Torre, 1994). Los intentos de los teóricos de la modernización, de la dependencia y del discurso de elaborar una teoría general sobre el populismo terminaron en profundas disputas con pocos acuerdos. Para los primeros estudiosos, el populismo fue un fenómeno pasajero producto de la transición de la sociedad tradicional a la sociedad moderna. Los seguidores del líder populista fueron analizados como «masas marginadas disponibles» que al no tener una estructura normativa que les permita funcionar políticamente en una sociedad moderna son presas fáciles de la seducción demagógica del líder carismático (Germani, 1971). Se combinó así la teoría de la anomia de Durkheim, entendida como la falta de orientaciones normativas claras cuando se dan procesos abruptos de cambio social, con una interpretación de Weber que reduce el carisma a la capacidad de seducción del líder, olvidando que para Weber lo crucial es que el líder carismático sea reconocido, esto es, que se estudie el carisma como un proceso de creación mutua: el líder se auto-produce y es una creación de sus seguidores.

Debido al sesgo teleológico de la teoría de la modernización y a su conservadurismo, basado en las visiones de la sociedad de masas, que les lleva a estudiar a los sectores populares como masas irracionales que se dejan seducir por el charlatán populista de turno, esta perspectiva fue cuestionada por los teóricos de la dependencia. Privilegiando el análisis estructural y los procesos de formación de clases los dependentistas, muchos de ellos inspirados por el marxismo, estudiaron al populismo como una alianza interclasista de sectores populares principalmente proletarios, clases medias y burguesías

industriales emergentes en contra de regímenes oligárquicos. Estos fenómenos políticos están ligados a una etapa del desarrollo de la región: la sustitución de importaciones (Ianni, 1975; O'Donnell, 1973). Si bien compartieron la visión de los teóricos de la modernización de que el populismo es una fase en la historia de Latinoamérica, no vieron a ésta desde una perspectiva teológica, sino como un producto estructural de la negociación de los términos de la dependencia. Otro aporte de estos estudiosos fue concentrarse en el tipo de políticas estatales de los regímenes nacional-populares que a través del nacionalismo, de la intervención estatal en la economía y del corporatismo incorporaron a sectores previamente excluidos de la economía y de la política. Por esto se sugiere que el populismo fue el proceso de «democratización fundamental» de América Latina (Vilas, 1995b).

El último intento de producir una teoría general sobre el populismo es el de Ernesto Laclau (1977). Señala que debido a que «el pueblo es un concepto sin *status* teórico definido» (165) tiende a ser usado retóricamente por muchos políticos que hablan en nombre del pueblo. La fuerza del discurso que apela a lo popular, sin embargo, se fundamenta en que esta categoría se refiere a una contradicción fundamental de la formación social, la del pueblo en contra de la oligarquía o bloque en el poder. El pueblo es el depositario de una serie de tradiciones «cristalizadas en símbolos o valores en que los sujetos interpelados por éstos encuentran un principio de identidad» (Laclau, 1977: 166). Estas identidades políticas no son necesariamente antagónicas al sistema. La peculiaridad del populismo, según Laclau, es ser un discurso que divide a la totalidad de lo social en dos campos políticos antagónicos: el pueblo contra la oligarquía. La relación entre estos dos campos no es de simple diferencia y susceptible de ser procesada dentro de los parámetros del sistema, sino que es una oposición antagónica que politiza todos los niveles de la sociedad y que sólo se la puede resolver a través de la ruptura populista. Es así que para Laclau el fascismo, el castrismo, el maoísmo y el peronismo constituyen diferentes posibilidades de ruptura populista. El trabajo de Laclau tuvo un gran impacto renovador al abrir los estudios del populismo al análisis del discurso. La crítica más común a Laclau, sin embargo, ha sido que sólo se concentra en las condiciones de producción de los discursos (De Ípola, 1983). Laclau, además, no diferencia el análisis de la oratoria política del análisis del discurso en general, ni diferencia los diversos tipos de discursos políticos que van desde la arenga electoral de barricada hasta los informes de gobierno.

En los años noventa el término populismo aparece con la partícula “neo” para explicar las diferentes alianzas de clases y políticas estatales entre las nuevas experiencias y las clásicas. Al reintroducirse el concepto reaparecieron los viejos problemas no resueltos por los debates anteriores. Es así que, por ejemplo, de nuevo han surgido las problemáticas nociones de “crisis” y de “masas disponibles” como los marcos explicativos de los nuevos populismos.

II. LAS CRISIS

Influyentes investigadores latinoamericanos como Guillermo O'Donnell (1994), José Nun (1994) y Carlos Vilas (1995a) argumentan que al igual que en el pasado en que la crisis del régimen oligárquico basado en el modelo agroexportador dio paso al modelo de sustitución de importaciones y al populismo, la transición a un nuevo modelo de desarrollo está dando paso a nuevas formas de participación política. Las crisis del Estado oligárquico y del modelo de desarrollo agroexportador en los años treinta y la crisis del modelo de sustitución de importaciones, la crisis de la deuda externa y la "globalización" de la economía en los ochenta y noventa están ciertamente relacionados con los sentimientos de inseguridad y de exclusión del electorado que es utilizado por los líderes populistas para ganar elecciones. Pero, como lo anota Alan Knight (1998: 227), la noción de crisis «es un concepto vago, que se lo usa promiscuamente y que está poco teorizado por lo que no puede ser medido y carece de poder explicativo». Este concepto, por lo tanto, no puede dar cuenta que el discurso populista y no el clasista, por ejemplo, sea el vehículo a través del cual la gente común interprete la crisis. Como hace tiempo lo demostró E. P. Thompson (1971), las crisis económicas son interpretadas a través de los valores, normas y prejuicios de la gente común. La economía, en resumen, está siempre mediada por la cultura.

La noción de crisis tampoco puede explicar el continuo atractivo del populismo en naciones tales como Argentina, Brasil, Ecuador y Perú, donde los políticos populistas desde los años treinta y cuarenta, cuando han sido permitidos por los militares, han ganado elecciones a nivel local y nacional. El populismo ha sido lo normal en lugar de la excepción que implica la noción de crisis y ha existido tanto en «tiempos normales como en los de crisis» (Knight, 1998: 227). Debido a que el populismo es visto como la expresión de una crisis, se lo considera un fenómeno transitorio. La resolución de la crisis resultará o en la transformación de la política o en el regreso de lo que se considera como política normal, esto es, de la política no populista. El populismo viejo o nuevo sigue siendo visto como una fase transitoria que eventualmente desaparecerá. Los críticos de la teoría de la modernización y del marxismo ortodoxo han puesto de manifiesto los peligros de usar modelos binarios que artificialmente dividen a la política, y a la acción colectiva, en lo normal y lo anormal. En estas construcciones el teórico prescribe normativamente lo que considera lo normal y relega lo anormal a la condena moral o lo explica como una desviación del patrón de desarrollo arbitrariamente construido como universal. Es así que el populismo, al igual que los partidos políticos, los sindicatos y las revoluciones, continúa comparándose con lo que Allan Knight (1998: 238) denomina «estándares europeos míticos». Esta vieja práctica de ver a Latinoamérica desde una mirada eurocéntrica hace que se construyan modelos idealizados de la historia europea para compararlos con las "desviaciones" latinoamericanas sin permitirnos, argu-

menta Aníbal Quijano (1998), entender lo que es particular a Latinoamérica interpretándolo desde nuestros parámetros.

Al dar demasiada importancia a las transformaciones sociales y económicas, se tiende a olvidar y dejar de lado la especificidad de la política. Se ha demostrado, por ejemplo, que «la sustitución de importaciones no es el agente causal del populismo» (Perruci y Sanders, 1989: 35). El populismo antecedió a la sustitución de importaciones en el Brasil, México y Argentina y, desafiando a las predicciones prematuras, no desapareció de la escena política latinoamericana junto a éste. El populismo y la política, en general, no pueden explicarse como el reflejo de fuerzas estructurales supuestamente más profundas, tales como la economía, lo que no significa que la política tenga una autonomía absoluta de procesos económicos y sociales. Una lectura política tal vez ofrezca mejores pistas para comprender por qué perdura el populismo.

Mi hipótesis es que el atractivo del populismo debe explicarse por la continua marginalización y exclusión socioeconómica de la mayoría de la población (Vilas, 1997: 21-23) y por la forma específica en la que fueron incorporados los sectores populares a la política. La gente común fue incorporada a la comunidad nacional en Latinoamérica a través de derechos ciudadanos que si bien existen en la legislación no siempre informan las prácticas cotidianas y, sobre todo, por la movilización y apelación discursiva al pueblo.

En América Latina hay una dualidad entre el reconocimiento de los derechos en constituciones y en la retórica de los representantes del Estado y la falta de implementación de estos mismos derechos en el día a día (Chevigny, 1995; Da Matta, 1991; Pinheiro, 1994 y 1997). Quienes tienen poder, o contactos con quienes están cerca del poder, usan las leyes de acuerdo a sus necesidades e intereses y los pobres y desamparados necesitan de la protección de personas poderosas que los puedan amparar del peso de la ley. Debido a la necesidad de padrinos que defiendan a los desamparados de la arbitrariedad de la ley, que es construida de tal manera que condena a la ilegalidad las prácticas comunes de las mayorías, como son el comercio informal o la invasión o toma de tierras para la construcción de viviendas, no asombra el que los políticos ofrezcan ser estos protectores. Una de las características fundamentales de la cultura política latinoamericana —el clientelismo— se basa en estas relaciones personalizadas de dominación. El intercambio del voto y de la lealtad por la pertenencia a partidos políticos permiten el acceso a recursos y beneficios, de los cuales, pese a tener derecho, son excluidos los desamparados. Es así que, por ejemplo, para conseguir una cama en un hospital público o un cupo en una escuela fiscal se necesite de padrinos con conexiones. Los lazos personales de patronazgo garantizan una respuesta favorable de las agencias estatales que no ven a los pobres como ciudadanos con derechos sino como masas desamparadas que para ser atendidas necesitan de un patrón. Los sectores subordinados escogen estratégicamente al mejor padrino, a quien tenga mejores posibilidades de dar acceso a los recursos ofrecidos y necesitados. Al participar en redes clientelares, la gente común no sólo accede a recursos materiales, también forma parte de redes que generan

identidades políticas y un sentido de comunidad. En muchos casos estas redes han generado identidades plebeyas y populistas que construyen al pueblo, a los de abajo, a los pobres y a los no blancos como la esencia de la nación (Franco, 1990: 46-47).

Apelativos e invocaciones a los grupos subalternos como el pueblo han sido acompañados por movimientos que han concebido que la democracia es una forma directa de participación popular, como la ocupación de espacios públicos, la aclamación de líderes y las chiflas e insultos a los oponentes. Es por esto que la política populista se basa en la constante aclamación y legitimización plebiscitaria del líder. Esto también explica las dificultades que los líderes populistas tienen al tratar de consolidar sus gobiernos a mediano o largo plazo. Lo que en un momento es aclamación al redentor de la nación fácilmente se transforma en manifestaciones en contra del líder que engañó. Formas litúrgicas de democracia, basadas en actos de masas y discursos a favor del pueblo, han sido vistas como más relevantes que prácticas que respeten las instituciones de la democracia liberal (Álvarez Junco, 1994: 26-27). Estas tradiciones políticas que expresan cómo fueron incorporados los sectores populares a la política, esto es, más como pueblo que como ciudadanos y a través de formas de participación política litúrgicas, están siempre presentes. El populismo no es ni una aberración, ni un fenómeno transitorio, sino que forma parte de tradiciones de participación política y de constitución de los sujetos políticos que pueden ser activadas en circunstancias que deben ser analizadas. Tal vez la inseguridad económica o la falta de confianza en modelos de democracia que no han dado beneficios a las mayorías y que han sido usados por las élites para marginar y silenciar a los pobres hacen que el populismo, contrariando las expectativas de los políticos e intelectuales modernizantes, no desaparezca y continuamente reemerja.

Entiendo al populismo, clásico o contemporáneo, como un fenómeno político que tiene las siguientes características: 1) El discurso populista es un discurso maniqueo que presenta la lucha del pueblo con la oligarquía como una lucha moral y ética entre el bien y el mal, la redención y la ruina. 2) Un líder es socialmente construido como el símbolo de la redención, mientras que sus enemigos son creados como la encarnación de todos los problemas de la nación. El líder dice ser un hombre común del pueblo que, debido a sus esfuerzos sobrehumanos, se ha convertido en una persona extraordinaria. En lugar de desarrollar una ideología el líder pide a sus seguidores que confíen en su honestidad y en su dedicación a los intereses de la patria y del pueblo. 3) Los movimientos populistas son coaliciones antioligárquicas de élites emergentes con los sectores populares. La naturaleza de estas alianzas varían en cada experiencia histórica. El peronismo y el varguismo, por ejemplo, incluyeron a la burguesía industrial con los trabajadores organizados y los empleados del Estado. Los llamados neopopulismos han incorporado a los más pobres con élites emergentes, excluyendo a la burguesía industrial, a los trabajadores y a los empleados estatales sindicalizados que fueron los beneficiarios de las políticas populistas clásicas. 4) La política populista tiene una relación ambigua

con la democracia. Por un lado, los partidos y movimientos populistas han incorporado parcialmente a sectores previamente excluidos de la política. Pero, por el otro lado, estos movimientos no siempre han respetado las normas y procedimientos democráticos, ni los derechos civiles de sus opositores.

III. "MASAS DISPONIBLES"

Si bien la noción de crisis pretende explicar por qué reaparecen los populismos, la idea de que los líderes manipulan a «masas anómicas y disponibles» continúa siendo la interpretación más común. Kurt Weyland (1996: 10), por ejemplo, sostiene que «la gente pobre, no organizada del sector informal» está disponible para la movilización neopopulista. Kenneth Roberts (1995: 113) concluye su trabajo sobre el neopopulismo peruano con la afirmación que «la fragmentación de la sociedad civil, la restructuración de los lazos institucionales y la erosión de las identidades colectivas han permitido a líderes personalistas establecer relaciones verticales y sin mediaciones con masas atomizadas».

Aun autores que han rechazado el término neopopulismo, como Carlos Vilas y Aníbal Quijano, recurren a la categoría de masas disponibles elaborada hace tiempo por Gino Germani (1971). Vilas (1995a) sostiene que a diferencia de las identidades clasistas generadas por el populismo clásico, las políticas neoliberales han erosionado las identidades colectivas generando «masas disponibles» que necesitan ser integradas al sistema político. Aníbal Quijano explica el "fenómeno Fujimori" como producto de una crisis económica, política e ideológica que dejó a los sectores populares peruanos sin la posibilidad de producir discursos propios.

En esas condiciones, con las masas políticamente desmanteladas y socialmente desintegradas, para los dominadores no ha sido muy difícil combinar los efectos de las "guerras sucias" con el discurso de la nueva "modernización". Y gracias al control de la tecnología de comunicación, desplegar una nueva escena pública en que lo político es ejercido como espectáculo, incluso como escándalo (Collor, Menem, Fujimori), para permitir mejor la manipulación y el control de las masas (Quijano, 1998: 185).

Estos comentarios ilustran una nostalgia y glorificación de modelos idealizados de la política clasista que pasan por alto el que muchas de estas identidades de clase fueron populistas. Por ejemplo, se olvida que las identidades de gran parte del proletariado argentino fue peronista. Además, sin tomar en cuenta a los trabajos que demuestran los altos niveles organizativos del sector informal, se asume que éstos constituyen masas desorganizadas y disponibles para la movilización neopopulista. Parecería que algunas ideas viejas no desaparecen y que las hipótesis de Germani (1971) basadas en la teoría de la sociedad de masa sobre la disponibilidad de las masas para la movilización popu-

lista, la irracionalidad de las masas y la manipulación de los líderes reaparecen aún en estudios muy sofisticados.

IV. ¿MANIPULACIÓN DE LOS MEDIOS?

Nociones de manipulación de las masas también han sido introducidas en los estudios sobre el papel de la televisión en la política. Se explican las elecciones de Collor de Mello, Bucaram, Fujimori y Menem por su uso de los medios masivos de comunicación social (De Lima, 1993; Petras, 1997; Quijano, 1998). Sin lugar a dudas, la televisión se ha vuelto central en la política. Thomas Skidmore (1993: 2), en su introducción a un estudio comparativo sobre el papel de la televisión en las elecciones latinoamericanas, anota: «la televisión está rápidamente transformando la manera en la que los candidatos son creados, vendidos y consolidados. También está transformando la forma en que los políticos gobiernan».

Influyentes sociólogos y politólogos sostienen que la televisión atenta contra la democracia; así, Pierre Bourdieu (1998: 10), en un libro reciente, señala que la televisión es «un peligro para la política y la democracia». Por su parte, Giovanni Sartori (1998) argumenta que la televisión está transformando el sentido de la política y de la democracia porque personaliza la política, la representa como un espectáculo y se basa en apelaciones no racionales y emotivas. Según Pierre-André Taguieff (1995: 42-43), la televisión ha transformado al populismo en telepopulismo, esto es, en una «forma de video-demagogia en la que el demagogo actúa sobre su audiencia, dejándose ver más que haciéndose entender». Según varios críticos, en resumen, la democracia está en riesgo inminente porque los argumentos lógicos que han caracterizado a las formas tradicionales de la política basada en el lenguaje son remplazados por las imágenes de video (Schedler, 1997).

Estos comentarios recuerdan a la visión apocalíptica de la vieja Escuela de Frankfurt que sólo analizó la producción de imágenes sin estudiar la recepción de estos mensajes. Es importante estudiar «cómo la gente interpreta los mensajes y qué grupos y tradiciones ayudan a la gente a descifrar los mensajes de los medios masivos de comunicación» (Straubhaar, Olsen y Cavaliari Nunes, 1993: 120). Las imágenes transmitidas por los medios son creadas e interpretadas en culturas políticas particulares y los periodistas, editorialistas y comentaristas de la radio y la televisión cumplen un papel importante al decodificar estos mensajes.

A diferencia de quienes consideran que el control de la televisión explica los éxitos electorales, las elecciones de Fujimori en 1990 y Bucaram en 1996 demuestran que quienes ganan no necesariamente tuvieron más propaganda televisiva o que sus propagandas fueron más sofisticadas y costosas. Mario Vargas Llosa, por ejemplo, perdió pese a los doce millones de dólares que invirtió en su propaganda televisiva (Poole y Rénique,

1992: 145). Por lo tanto, es crucial estudiar la recepción de los mensajes de los medios masivos sin asumir manipulación o, de manera ingenua, postular la resistencia y la interpretación libre de códigos por parte de la gente común. Debido a que todos los políticos usan los medios masivos para ganar elecciones, es importante comparar sus propagandas televisivas estudiando cómo interpretan los problemas existentes, cuáles son sus propuestas y qué imágenes presentan sobre sus personas y sus rivales. Para examinar el éxito de sus mensajes tenemos que interpretarlos dentro del contexto de los temas y las formas de entender la política que existen en culturas políticas específicas.

Tal vez la imagen más fuerte de la campaña televisiva del Partido Social Cristiano en las elecciones presidenciales de 1996 en el Ecuador fue la contraposición de dos figuras: la de su candidato, Jaime Nebot, vestido de estadista responsable con traje y corbata que coquetamente sonrío y guiña el ojo; frente a un Abdalá Bucaram, con el torso desnudo cubierto de sudor, bebiendo desafortadamente de un vaso. Esta imagen apareció en propagandas en la prensa con el pie de foto «dos formas de mirar hacia el futuro del Ecuador: progreso o destrucción». La civilización y el progreso que prometía la “seriedad de estadista” de Nebot frente a la “barbarie” de los sectores marginales que habitan en los barrios suburbanos personificados en Abdalá Bucaram. Esta representación maniquea de la realidad política sintetizó la estrategia del Partido Social Cristiano de atemorizar al electorado de clase media y alta con la amenaza de la “irracionalidad” y el “barbarismo” de Abdalá Bucaram construyéndolo como el último representante de la barbarie popular y el último obstáculo para el progreso y la modernización del Ecuador.

Abdalá Bucaram en sus campañas electorales de 1988, 1992 y 1996 usó la televisión para presentar un discurso populista que ha estado presente en el Ecuador desde los años cuarenta. Este mensaje fue el del antagonismo total entre el pueblo, cuya voluntad decía encarnar, y la oligarquía que debía ser destruida. A diferencia de otros políticos que contrataron expertos en publicidad para diseñar su propaganda electoral, Bucaram diseñó la suya. Sus vídeos parecían estar hechos en casa y repetían reiteradamente un mensaje simple en las letras, las imágenes y los subtítulos de los vídeos. Este estilo recuerda al arte popular religioso que presenta los milagros de la Virgen en la forma de un libro de *comics* con dibujos y mensajes escritos. Por ejemplo, cuando las letras de las canciones de los vídeos se referían a la oligarquía aparecían imágenes de sus rivales políticos con frases tales como «político corrupto» o «aññado» (niño bien) debajo de la foto de Nebot.

El triunfo de Collor de Mello sobre Luiz Inacio “Lula” Da Silva en 1989 se explica, en parte, por la forma en que articuló las percepciones existentes de que los políticos eran los responsables de la crisis brasileña y que la solución vendría de un redentor apolítico que implementaría respuestas técnicas, no políticas y pragmáticas. El papel de la televisión en construir este escenario a través de las novelas y su capacidad de manufacturar la candidatura de Collor de Mello como la del redentor ha sido apa-

sionadamente debatido. Mientras Venicio de Lima (1993) argumenta que el imperio de la cadena TV Globo manufacturó la candidatura de Collor de Mello, Carlos Eduardo Lins da Silva (1993) cuestiona la teoría de la conspiración de Venicio de Lima y propone que hubo una afinidad electiva en la forma en que las novelas y Collor de Mello interpretaron la coyuntura política, argumentando que tanto Collor como los encargados de producir telenovelas usaron interpretaciones existentes sobre la crisis brasileña. Éstas veían a los políticos corruptos como la causa de la crisis y decían que la solución vendría de un redentor que esté fuera de la política. Collor de Mello, además, no fue la primera opción de TV Globo. Éste se convirtió en el candidato anti-Lula luego de los fracasos de los medios masivos de manufacturar las candidaturas de Mário Covas y de Guilherme Afif Domingos (Pinheiro do Nascimento, 1994: 65).

Las propagandas y apariciones en la televisión no necesariamente ayudan a ganar una elección. En el Perú, por ejemplo, los electores rechazaron la presencia excesiva de Vargas Llosa en la televisión en las elecciones de 1990 de tal manera que la estrategia de Fujimori en su campaña de reelección en 1995 fue usar menos propagandas en la televisión que sus rivales (Salcedo, 1995). Y aun en países como el Brasil, en los que los sondeos de opinión pública sugieren que la televisión es el foro más importante para transmitir la ideología y personalidad de un candidato, la familia, las iglesias y las asociaciones de vecinos ayudan a interpretar los mensajes de los comerciales electorales, los debates políticos y las noticias (Straubhaar, Olsen y Cavaliari Nunes, 1993: 143). La televisión no ha reemplazado a las maquinarias electorales de los partidos políticos, al clientelismo, ni a los mítines masivos en el Ecuador.

Es fundamental señalar que Collor de Mello en 1989, Fujimori en 1990 y Bucaram en 1996 fueron electos en sistemas políticos fragmentados. Brasil, Perú y Ecuador experimentaron la proliferación de partidos políticos, muchos de los cuales siguen usando la vieja práctica del clientelismo, carecen de ideología y son personalistas, así como también una profunda desconfianza de los electores en los políticos. Mientras que en Brasil 22 candidatos compitieron en la primera vuelta electoral, nueve lo hicieron en Perú y Ecuador. En la segunda vuelta se enfrentaron dos candidatos que apenas alcanzaron un tercio del total de votos en la primera vuelta. Por lo tanto, los triunfos obtenidos no sólo fueron el resultado de su estilo electoral y de su retórica política, sus elecciones fueron también el resultado de votos de protesta en contra de sus rivales y, en muchos casos, contra los políticos tradicionales.

Temas de etnicidad y de clase social fueron determinantes en el rechazo a Mario Vargas Llosa y a Jaime Nebot. En enero de 1990, cuando Fujimori apareció tercero en los sondeos de opinión pública, se pidió la opinión de Vargas Llosa sobre el candidato de Cambio 90. El novelista manifestó: «pero a ese chinito nadie lo conoce!». Al día siguiente, el “chinito” Fujimori abrió su primer mitin importante, en la más importante barriada de Lima, con una frase apta que resumía el carácter del enfrentamiento: «aquí estamos, pues, los chinitos y los cholitos...» (Quijano, 1998: 192). De esta manera la

elección se transformó en una confrontación entre los “blanquitos,” los “pitucos” y los “chinitos” los “cholitos”. Fujimori se convirtió en la encarnación de dos experiencias cruciales para muchos peruanos de extracción popular: la inmigración y la discriminación étnica (Panfichi, 1997). Como muchos, Fujimori es hijo de inmigrantes que han tenido que luchar con un español “deficiente” y que han sido discriminados por las élites “blancas,” de ahí el éxito de su slogan simple, «un presidente como tú».

De la misma manera en el Ecuador la campaña electoral de 1996 se transformó en una lucha entre Bucaram —«el líder de los pobres»— en contra de las élites establecidas y del Partido Social Cristiano construidas como la encarnación de la oligarquía afeminada y vendepatrias. Por ejemplo, luego de que el ex Presidente León Febres Cordero manifestó, al conocer los resultados de la primera vuelta electoral, que «todos los que votaron por Alfredo Adum (candidato a la alcaldía de Guayaquil del Partido Roldosista Ecuatoriano de Bucaram) son pillos y prostitutas», Abdalá Bucaram transformó el significado de estos insultos. «Sí, es verdad que en el Ecuador hay una marihuanera, hay una ratera, una prostituta; pero esa prostituta, ratera, marihuanera son las oligarquías nacionales.» Una hoja volante distribuida en Guayaquil ilustra las implicaciones de la retórica de Abdalá Bucaram.

*«León (Febres Cordero) eres un fraude...
prostituta y ladrona es tu oligarquía;
prefiero un loco con pantalones y humanista antes que un rico insolente.
Barcelona (el equipo de futbol más popular de Guayaquil) no clasificó.
ahora sólo nos queda Abdalá.»*

La inversión de los insultos al pueblo y la glorificación de las cualidades populares en su manera de comer, vestir y de ser permitieron que Bucaram construyera un mundo al revés. En este universo simbólico los oprimidos y los pobres se transformaron en la encarnación de los verdaderos valores morales, mientras que sus superiores se convirtieron en la personificación de la maldad. Las señoras elegantes, las patronas, aparecieron como «un poco de viejas vagas que nunca han cocinado, ni planchado» y los patronos y señores distinguidos en «añados amanerados», personificados en el “niño” Nebot. Así, Abdalá Bucaram confrontó maniqueamente al “verdadero” Ecuador, el de “los pobres” con el Ecuador de “esa gente”, los oligarcas “vendepatrias”¹. Estas declaraciones de Bucaram ponen de manifiesto las ambigüedades de su populismo. Por un lado, al encarnar la masculinidad de los sectores populares reivindicó el mundo de los oprimidos. Pero, por el otro, esta glorificación de lo popular se basó en valores

1. Según Tulio Hernández, Hugo Chávez ha generado una polarización social similar. Sectores medios altos «rechazan su invetibale rostro zambo y mestizo —más o menos el mismo de la mayoría de los venezolanos—, su conducta dicharachera y popular, su indetenible manía de citar sin contemplaciones a cuanto autor pase por su cabeza, y su empeño en hacer alarde de prácticas plebeyas como el béisbol» (Hernández, 1999: 182).

machistas que reforzaron los patrones tradicionales de dominación de género (De la Torre, 2000: 80-111).

Las coaliciones electorales de Collor y Fujimori, al igual que el partido fundado por Bucaram en 1983, el Partido Roldosista Ecuatoriano, que desde esa fecha aglutinó a sectores y seguidores de varios partidos populistas, incorporaron a los sectores marginalizados de la sociedad. En 1996 Bucaram fue apoyado por una coalición de una élite marginal de origen libanés que había hecho fortuna pero que necesitaba legitimarse, pues, según las élites establecidas, su ventura provenía del contrabando. Esta coalición incorporó a los más pobres, a sectores de clase media desplazados del sistema laboral y a unos pocos intelectuales ex-marxistas. Los votantes de Collor «incluían a los sectores excluidos de la sociedad brasilera, esto es a los destituidos, los más pobres, los analfabetos... y también a una proporción de votantes de ingreso medio y una fracción de los sectores de ingresos más altos» (Moisés, 1993: 583). Quienes votaron por Fujimori en las elecciones de 1990 fueron los sectores más pobres: los habitantes rurales andinos, los cholos, los indios, los que se desempeñan en el sector informal de la economía (Degregori, 1991: 102). Su coalición incluyó a sectores empresariales emergentes de origen cholo, como la Asociación de Medianos y Pequeños Empresarios Industriales y las Iglesias Protestantes. Todos estos grupos han sido discriminados por los miembros de las élites criollas. Por ejemplo, los miembros de la Asociación de Medianos y Pequeños Empresarios no fueron considerados como iguales por los directivos “blancos” de la Asociación Nacional de Empresarios que no les invitaron a sus eventos sociales (Quijano, 1998: 191). La presencia de líderes evangélicos hizo que la jerarquía de la Iglesia Católica declare una “guerra santa” en contra de estos representantes de valores «anti-peruanos» (Poole y Rénique, 1992: 146-148). Además, se cuestionó la peruanidad de Fujimori, ya sea argumentando que no nació en el Perú, o que no encarnaba las características esenciales de la peruanidad (González Cueva, 1999: 138).

Si bien Fujimori y Bucaram representaron un rechazo a las élites tradicionales “blancas” y el sueño de la gente común de movilidad social y democratización de las relaciones de castas, Collor triunfó al asumir la imagen de la encarnación de una modernidad neoliberal. Su estilo de vestir elegante y su gusto por los deportes caros y extravagantes simbolizaron a un Brasil “yupi” (De Oliveira, 1992: 105). Collor cultivó la imagen de un hombre joven de acción, enérgico y no-político, de un mesías que actuaba por encima de los intereses de varios grupos de poder, como los sindicatos o las asociaciones de empresarios, cuyo objetivo fue destruir los privilegios y el poder de los burócratas ineficientes, los “marajás,” para redimir a sus “descamisados”.

En la campaña de 1989 «Menem encarnaba al caudillo que descendía de una provincia muy pobre para hablarles en su propio lenguaje a todos los excluidos y desencantados» (Nun, 1994: 107). Proyectó la imagen de ganador en dos espacios mitologizados de movilidad social: los deportes y el mundo de la farándula. Por esto declaró pocos meses luego de asumir la presidencia, «soy el Presidente y juego al fútbol con

Maradona. ¿Qué otra cosa puedo pedirle a la vida?» (Novaro y Palermo, 1996: 213). Menem transformó los rituales del peronismo. Siguiendo el ejemplo del papa Juan Pablo II, en lugar de hacer mítines masivos, viajando en el "menemóvil" visitó a la gente común en sus barrios, donde los bendijo y besó a sus hijos. Su imagen se parecía más a la de «una figura religiosa o una estrella del espectáculo que a los que eran hasta entonces típicos de los dirigentes políticos» (Novaro y Palermo, 1996: 207). Menem transformó la retórica peronista al remplazar las antiguas convocatorias clasistas a los trabajadores con apelaciones genéricas a «hermanas y hermanos», referencias a temas religiosos, y la frase «¡siganme!» (Nun, 1994: 209).

Las redes clientelares también explican los triunfos de estos políticos. José Álvaro Moisés anota que a diferencia de la visión de Collor como un político sin una base institucional es importante señalar la importancia de su maquinaria electoral. Ésta «definió una imagen (cazador de marajás); la incorporó a un programa de gobierno (reducir el Estado, modernización de la economía, reactivar el crecimiento económico); organizó la base material (los medios masivos de comunicación) indispensables para comunicarse con los votantes; y, finalmente, articuló una serie de alianzas para sostener su candidatura» (1993: 592). Es importante señalar que el clientelismo no es característica exclusiva de los populistas. Tanto las coaliciones electorales de Vargas Llosa como la de Fujimori al igual que los partidos políticos de Bucaram y Nchot intercambiaron votos y subordinación política por bienes materiales. Muchos investigadores que enfatizan la racionalidad instrumental de los electores se olvidan, como lo señala Carlos Franco (1990), que las relaciones clientelares también generan identidades. Javier Auyero (1998), por ejemplo, ilustra cómo las redes del Partido Justicialista, pese a promover políticas estatales contrarias a las del peronismo clásico, continúan generando identidades peronistas al basarse en *performances* y discursos sedimentados en esta tradición política.

V. GOBIERNOS NEOPOPULISTAS Y NEOLIBERALES

Si bien Alberto Fujimori y Carlos Menem fueron re-electos, Fernando Collor de Mello y Abdalá Bucaram fueron destituidos antes de terminar sus períodos presidenciales. Los primeros lograron establecer acuerdos con representantes de instituciones claves —los empresarios y las fuerzas armadas— y lograron resultados concretos que les dieron votos y apoyo popular, tales como reducir la hiperinflación, reactivar la economía, consolidar redes clientelares usando los fondos de la venta de las empresas estatales, y —en el caso de Fujimori— desarticular a las guerrillas. Kurt Weyland anota, «en las semanas y meses después del plan de estabilización de julio de 1989 entre el 72 y el 77 por 100 de los residentes de Buenos Aires aprobaron el plan de estabilización de Menem» (1998: 550). En el Perú cuando el plan de ajuste de Fujimori de agosto

de 1990 subió los precios de los productos básicos en un 3.000 por 100, entre el 50 y 60 por 100, de acuerdo a los sondeos de opinión pública, aprobaron su plan y el 57 por 100 respaldaron al presidente (Weyland, 1998: 551).

Menem institucionalizó su gobierno a través de un Partido Justicialista renovado. Marcos Novaro (1998; Novaro y Palermo, 1996) argumenta que el peronismo ha dejado de ser un movimiento y se ha transformado en un partido político. Desde los años cuarenta, todos los conflictos en la Argentina se politizaron como la lucha entre el General Perón, la encarnación de la nación, y sus enemigos, los enemigos del pueblo y de la nación, que debían ser eliminados y destruidos. En esta lucha sin cuartel los procedimientos de la democracia liberal y el respeto a las leyes no fueron vistos como importantes. A partir del colapso de la última dictadura, el Partido Justicialista empezó un proceso de reformas. Compartió la redefinición de las reglas del juego democrático de Alfonsín y su visión de la política como la lucha entre las fuerzas de la vida, que reconocen el derecho de la oposición a existir, y las fuerzas de la muerte asociadas al gobierno militar. Los peronistas aceptaron la democracia, denunciaron públicamente a las fuerzas de la muerte y empezaron a cambiar su visión sobre la lucha política. Los antiguos enemigos se transformaron en adversarios que tienen el derecho de existir y expresar sus opiniones. Estas mutaciones en el discurso peronista han sido explicadas por Isodoro Cheresky (1999) y Enrique Peruzzotti (1997) por la fuerza que adquirió el movimiento y el discurso de los derechos humanos y el impulso de la retórica de la ciudadanía. Estos cambios en el discurso peronista no siempre estuvieron acompañados de un cambio en la actitud de Menem, quien gobernó a través de decretos de emergencia e invocando privilegios exclusivos para el ejecutivo. En todo caso, el que Menem aceptara, aunque a regañadientes, la voluntad de su partido en las primarias al designar a Eduardo Duhalde como candidato y el haber traspasado el poder al candidato de la oposición Fernando de la Rúa, tal vez apunten a una mayor estabilidad en la democracia argentina (Abal Medina, 2000).

Los cambios del discurso peronista coincidieron con la crisis del movimiento obrero, su antigua base de apoyo. Menem jugó habilmente con sus divisiones y logró el apoyo de algunos líderes sindicales para sus reformas económicas que debilitaron, aún más, el poder colectivo de los obreros. Menem se acercó a los grupos económicos más poderosos y a los organismos internacionales (Nun, 1994). Su partido, que fue nacionalista, se convirtió en fervoroso defensor de la apertura económica y de la globalización. Este partido neoliberal del orden que ya no representa los intereses de los obreros, sin embargo tuvo gran apoyo de los más pobres. Programas en contra de la pobreza manejados por redes clientelares y de patronazgo peronista logran reactivar continuamente las lealtades peronistas. Como lo señala Auyero (1998), el peronismo ha retenido sus símbolos, mas no sus políticas sociales y económicas.

A diferencia de Menem, que se apoyó en el Partido Justicialista renovado, Fujimori «rápidamente desmovilizó a Cambio 90 y rompió con los líderes protestantes y de los

pequeños empresarios que apoyaron su candidatura» (Roberts, 1995: 100). Los militares, en particular el Servicio Nacional de Inteligencia, se transformaron en su base institucional de apoyo. A nombre de luchar contra la clase política, su auto-golpe de 1992 culminó una serie de jugadas antidemocráticas que, según muchos analistas, han destrozado a la democracia peruana (Lynch, 1997; Quijano, 1998). En todo caso, fue reelecto en 1995 con el apoyo de sectores altos, medios y de los más pobres en una elección que representó el colapso de los partidos políticos tradicionales y del sistema de partidos y en la que obtuvo votos por su capacidad de dar resultados concretos como terminar con la hiperinflación, neutralizar a la guerrilla y por la fuerza de sus redes clientelares que dieron servicios y recursos a los más pobres (Roberts y Arce, 1998; Schmidt, 1999) ².

Collor y Bucaram no terminaron sus períodos porque antagonizaron a actores institucionales claves tales como las fuerzas armadas y a las élites empresariales. Collor de Mello bajó el salario de los militares y disolvió el Servicio Nacional de Inteligencia (Weyland, 1993: 12). Bucaram involucró a las fuerzas armadas en su gobierno atentando contra la unidad interna de éstas. Inició su gobierno militarizando las aduanas. El alto grado de corrupción de las aduanas, en las que se implicó al hijo de Bucaram, hizo que pidieran se les retire de éstas en el mes de diciembre de 1996. Bucaram también involucró a las fuerzas armadas en el reparto de juguetes navideños ampliamente cuestionado como corrupto. La designación y la actuación del Ministro de Defensa Víctor Manuel Bayas, que fue visto como divisivo para la unidad interna de las fuerzas armadas, también molestaron a los altos mandos militares. El General Paco Moncayo, jefe del Comando Conjunto y considerado como "héroe" en la última escaramuza armada con el Perú en 1995, «había sufrido una especie de exilio en los primeros meses de Bucaram, cuando su único destino era durar hasta el 27 de febrero de 1997», en que sería reemplazado (Ortiz, 1997: 79). Por último, el viaje de Bucaram al Perú a principios de 1997 y sus declaraciones emotivas de que los pueblos debían pedirse perdón en nombre de la paz fue usada por los políticos para involucrar a las fuerzas armadas en su oposición al Presidente. Los ex Presidentes León Febres Cordero y Rodrigo Borja declararon que Bucaram había traicionado a la patria al pedir perdón al Perú. La destitución semi-legal de Bucaram por supuesta incapacidad mental para gobernar sin pruebas médicas y con una simple mayoría de votos y la proclamación de dudosa legalidad de Fabián Alarcón, Presidente del Congreso, como el nuevo Presidente necesariamente nombraron a los militares en árbitros y decidores sobre los destinos políticos del Ecuador.

A diferencia de Menem y Fujimori, Collor y Bucaram no contaron con el apoyo de las élites económicas ³. Los empresarios no tenían confianza en Collor, pues les moles-

2. Según Fujimori, «la democracia ya no debe incluir la participación de los partidos políticos» (Schmidt, 1999: 120), pues lo que se necesita es un líder vigoroso que represente a la nación (McClintock, 1999: 82).

3. En todo caso Collor tuvo una mayor aceptación que Bucaram en los sondeos de opinión pública. Luego de anunciar su plan económico en marzo de 1990, la popularidad de Collor subió del 58 por 100 al 71 y

tó su retórica anti-empresarial durante la campaña electoral. Por ejemplo, Collor no aceptó el apoyo de la poderosa comunidad empresarial de Sao Paulo acusándolos de ser unos egoístas que sólo piensan en su enriquecimiento personal (Weyland, 1993: 9). Collor fue visto por las élites económicas como el mal menor al lado de Lula. Su arrogancia tampoco le ayudó. Después de ganar las elecciones fue preguntado cómo pagaría a la burguesía por sus favores, a lo que respondió que los había favorecido al derrotar a Lula, «el monstruo de la burguesía y de los sectores burocráticos y empresariales» (De Oliveira, 1992: 101). Su programa económico alienó a los sectores empresariales tecnológicamente menos avanzados que no podrían competir en una economía abierta (Weyland, 1993: 11)⁴.

Los empresarios ecuatorianos no tuvieron confianza en el plan de convertibilidad de Bucaram que supuestamente los beneficiaría. Señalaron que a diferencia de la Argentina, que en 1989 tenía un nivel de inflación de alrededor del 5.000 por 100, los niveles de inflación ecuatoriana de alrededor de un 25 por 100 no justificaban estas medidas draconianas⁵. El vicepresidente de la Cámara de Industriales, por ejemplo, manifestó temor a que la apertura económica les llevaría a la bancarrota. La falta de confianza de los empresarios se tradujo en un exceso de liquidez bancaria. Los empresarios argumentaron que la corrupción, la intervención del gobierno de Bucaram en los asuntos internos de algunas empresas, la inseguridad jurídica y la falta de estabilidad política les hizo desconfiar de Bucaram. El rechazo de los empresarios a Bucaram también se explica por su recelo a que las privatizaciones sólo beneficien a los grupos económicos cercanos a Bucaram. En el momento de repartirse el pastel estatal había miedo a ser excluidos de la fiesta. Este temor se basaba en las prácticas corruptas de los funcionarios del gobierno que exigían un coima del diez al 15 por 100 en los negocios con el Estado.

El temor y el rechazo de los empresarios y de las clases altas a Bucaram tiene una larga historia que va más allá de su cuestionamiento a su plan económico. Bucaram es visto por las clases altas como la personificación de quienes carecen de cultura y de buenos modales. «La noción de cultura se emplea para trazar la frontera entre los que están dentro del sistema y los que se hallan excluidos de él» (Touraine, 1989: 154). Es así que los valores populares y los símbolos transgresores de Bucaram que atraen a las clases populares son rechazados por las clases altas y sectores de las clases medias que se identifican con los valores de “la gente bien,” de quienes tienen “cultura”. Estos

al 81 por 100 (Weyland, 1998: 551). El plan económico de Bucaram fue apoyado apenas por el 50 por 100 de la población en la costa y sólo por el 31 por 100 en la sierra (Informe Confidencial, 1997).

4. A diferencia de la visión de muchos analistas de que las alianzas anti-neoliberales son necesariamente “populares”, es importante anotar que sectores de la burguesía y de las fuerzas armadas, que en el Ecuador, por ejemplo, son propietarias de empresas de sustitución de importaciones, también resisten el neoliberalismo.

5. El caso ecuatoriano confirmaría las hipótesis de Weyland (1998) de que los drásticos planes de ajuste neoliberales son apoyados en contextos de hiperinflación, esto es, una inflación que exceda el 50 por 100 mensual.

sectores rechazaron la política espectáculo de Bucaram. Siguiendo a Menen, Bucaram representó sus actos de gobierno como un show de televisión en el que el poder se dramatizaba en espacios de la cultura popular como el fútbol y la cultura de masas. Al representar sus éxitos personales en estos espacios de la cultura de masas, Bucaram representaba los sueños de éxito y de movilidad social de la gente común como son jugar al fútbol con estrellas, bailar con modelos teñidas de rubio, o transformarse en animador de un programa de televisión. Estando siempre presente en la televisión, la radio y la prensa, Bucaram trató de construir a su figura como el evento político central. Su imagen de triunfador en esferas no-políticas como los negocios y los deportes y su nuevo rol como cantante de baladas y presentador de shows de variedades de televisión fueron constantemente retransmitidos a los hogares. Abdalá Bucaram actuaba en la televisión para el público y transformaba los significados de lo que debía discutirse en la esfera pública. Los debates sobre su vida personal y los significados de sus apariciones en la televisión fueron temas tan importantes como las discusiones sobre sus proyectos y programas de gobierno. Es así que Bucaram manifestaba su opinión de qué jugadores debían de ser contratados por el club deportivo Barcelona, del cual fue electo presidente durante su mandato, a la vez que defendía su plan económico neoliberal.

Abdalá Bucaram siempre tuvo una mala relación con la prensa. Hay que recordar que fue electo en 1996 con la oposición del 90 por 100 de los editorialistas (Carrión, 1997: 118). Durante su gobierno, por primera vez en la historia del Ecuador, los periódicos y noticieros televisivos más prestigiosos se opusieron al presidente. Cuestionaron su estilo de gobierno chabacano, su apropiación autoritaria de la voluntad popular al autoproclamarse como la encarnación de los verdaderos valores y deseos de los ecuatorianos, y la imposibilidad de mantener diálogos en los que se discutan y debatan diferentes opiniones. Los periodistas estuvieron al frente de la oposición democrática a Bucaram cuando denunciaron la corrupción de su gobierno y rechazaron su uso de la cultura de masas y de las imágenes televisivas como sustituto a los diálogos sobre sus políticas estatales. Pero esta oposición democrática estuvo acompañada de prejuicios clasistas cuando construyeron a Bucaram como la encarnación de la falta de cultura y valores de los más pobres. Los periodistas también usaron argumentos xenofóbicos al construir a los libaneses y a los "turcos" como corruptos, y regionalistas y clasistas en la Sierra al ver en Bucaram la escenificación de los valores del suburbio de Guayaquil.

Como representante de una élite económica y política marginal, Bucaram no pudo controlar o neutralizar las opiniones de los representantes de los medios masivos de comunicación que, en muchos casos, reprodujeron los prejuicios de la clase alta. Su estrategia fue no tomar en cuenta las opiniones de los editorialistas de los periódicos y de los noticieros de la televisión que no son leídos ni vistos por la mayoría de ciudadanos pobres. Usó propaganda televisiva en los canales de televisión de propiedad de sus partidarios, cuyos noticieros, en muchos casos, se oponían al presidente. Los medios masivos lo construyeron y lo siguen representando como la encarnación de todos

los males nacionales en programas especiales de televisión, libros, un disco compacto y, aun, un CD-ROM.

Fujimori, Menem, Collor y Bucaram usaron la corrupción para sustentar su base de apoyo. La corrupción es un ingrediente siempre presente en sistemas políticos basados en el patronazgo y el clientelismo. Para mantener una base de apoyo los parlamentarios y funcionarios de los gobiernos locales necesitan recursos para construir obras y, sobre todo, ampliar y mantener sus redes clientelares. Debido a que la manera más fácil de tener apoyo legislativo es dar dinero a los parlamentarios, estos líderes abusaron y no tuvieron cuidado en la forma de repartir estos fondos. Pero como lo anota Kurt Weyland (1993: 3), «las denuncias de corrupción en sí mismas no son suficientes como para tumbar un presidente, se vuelven políticamente efectivas cuando son usadas por adversarios poderosos». Varios analistas señalan que el “error” de Collor de Mello y Bucaram fue abusar de los parámetros normales de corrupción. Collor de Mello, por ejemplo, incrementó los porcentajes exigidos a los empresarios por el gobierno del tradicional 10 por 100 hasta el 30 y 40 por 100 (Carvalho, 1993: 23). La lucha contra la corrupción en Brasil y Ecuador fue efectiva en terminar con los presidentes, porque, a diferencia de Menem y Fujimori, éstos no habían consolidado el apoyo de actores institucionales claves tales como las fuerzas armadas y las élites económicas y por la debilidad parlamentaria de Collor y Bucaram. La batalla contra la corrupción dio a los políticos los instrumentos para organizar a la oposición. Pero mientras que en el Brasil se respetaron las normas constitucionales al destituir a Collor porque esto le daba al Congreso «una oportunidad para reconstruir su deteriorada credibilidad pública» (Torquato, 1993: 11), en el Ecuador se usaron artimañas legales para destituir a Bucaram por supuesta “incapacidad mental” del presidente sin pruebas médicas sobre su locura. Es así que, si bien la democracia brasilera se robusteció, la democracia ecuatoriana se debilitó aún más. Una secuela de la destitución de Bucaram y de la fragilidad de las instituciones fue la caída del presidente Jamil Mahuad en enero del 2000 a menos de dos años de haber asumido el poder.

VI. CONCLUSIONES

Este artículo argumenta que el populismo latinoamericano no es un fenómeno transitorio producto del paso de una sociedad tradicional a una moderna y que tampoco debe ser visto como una fase del desarrollo de la región ligada a la sustitución de importaciones. Pese a los deseos de intelectuales y políticos modernizantes, el populismo se niega a desaparecer y continúa siendo un fenómeno recurrente de la política en América Latina. También se argumenta que el populismo no puede ser visto exclusivamente como resultado de la crisis económica, política, social e ideológica que acompaña a la transición de regímenes de acumulación, pues este fenómeno, como lo demuestra Alan Knight

(1998: 227), también ha estado presente durante épocas de estabilidad. A diferencia de quienes reducen el populismo a una serie de políticas económicas nacionalistas y distributivas del excedente económico, este artículo se suma a quienes analizan cómo el populismo se ha adaptado a la era neoliberal (Weyland, 1996; Roberts, 1995; Roberts y Arce, 1998; Knight, 1998; Novaro, 1996). Lo que no significa, como lo ilustra el caso de Hugo Chávez, que los nuevos populismos tengan que necesariamente ser neoliberales. Si hay algo particular en la elección de Chávez en Venezuela a finales de 1998 no fue ni la crisis económica, ni la crisis del sistema de partidos políticos, ni la polarización de la sociedad entre sus partidarios y detractores, ni el mesianismo carismático del ex-militar, ni los peligros para la institucionalidad democrática de su revolución bolivariana, sino, como lo señalan Lander y López (1999) y Hernández (1999), su nacionalismo y resistencia al neoliberalismo.

A través de la discusión de algunos trabajos recientes sobre el neopopulismo, este artículo también busca superar algunos problemas de la bibliografía y desarrollar una aproximación multidimensional para el estudio de este fenómeno. Ésta parte del estudio del liderazgo político populista como una relación social. Se analiza cómo los líderes han sido socialmente creados, a la vez que se estudian sus acciones e innovaciones en coyunturas específicas que les transforman, a los ojos de sus seguidores, en personas fuera de lo común. Se combina el análisis de los intercambios materiales entre líderes y seguidores con el estudio del discurso, de los símbolos, rituales y mitos. De esta manera se pretende superar la falsa dicotomía entre quienes privilegian el estudio del clientelismo basado en modelos de racionalidad formal y quienes se concentran únicamente en el análisis del carisma, del discurso y de los símbolos.

El populismo latinoamericano es un fenómeno político producto de una forma particular de incorporación de la gente común a la comunidad nacional. Ésta se basa en una retórica que sitúa al pueblo en el centro de la vida política nacional. El pueblo representa la encarnación de la verdadera nación que antagónicamente confronta a la oligarquía. Debido a que la lucha entre el pueblo y la oligarquía es maniquea y moral, la democracia es entendida como movilizaciones a favor de un líder que encarna las aspiraciones y deseos populares y el silenciamiento de sus enemigos, que son los enemigos del pueblo y de la nación, más que como el respeto a instituciones y procedimientos.

La continua fragilidad e impotencia de las instituciones liberales democráticas para dar un sentido de participación y de pertenencia a la comunidad política ha contrastado con la participación simbólica a través de la política populista no parlamentaria. El legado del populismo ha sido el crear un estilo de movilización política y un estilo retórico que liga al Estado y a la sociedad civil con mecanismos que no necesariamente corresponden con el Estado de Derecho y el respeto a los procedimientos liberal-democráticos. Es por esto por lo que en estas cuatro naciones ha habido una gran tensión entre la democracia liberal y el populismo. Los populistas no siempre han respetado las normas

y procedimientos democráticos y los políticos que se autodenominan democráticos han usado la retórica de la democracia para silenciar, excluir y marginalizar a los líderes populistas y a sus seguidores.

Guillermo O'Donnell (1994) ha demostrado cómo las democracias reinstauradas en Argentina, Brasil, Ecuador y Perú se diferencian de las democracias representativas. Las democracias delegativas no respetan los derechos civiles de los ciudadanos y los procedimientos democráticos y se basan en la idea de que quien gane la elección tiene el mandato de gobernar de acuerdo a lo que crea que es el mejor interés de la colectividad. El presidente dice personificar a la nación y debido a que se cree el redentor de la patria sus políticas de gobierno no tienen relación con las promesas de campaña o con los acuerdos logrados con los partidos políticos que lo ayudaron a ser electo. Ya que el gobierno salvará a la patria, en un contexto de crisis económica poco propicio para la institucionalización de la democracia, se busca la cooperación de técnicos, por lo general, neoliberales, para que redacten políticas económicas que garanticen esta redención.

Al igual que en el pasado, toda la responsabilidad de los destinos de la nación caen sobre el líder, por esto es plebiscitado constantemente como la fuente de la redención o como el causante del desastre nacional. La lógica es que el tiempo apremia y los intereses y cálculos a corto plazo caracterizan la actuación del gobierno y de la oposición. La legalidad y el basar la acción en la normatividad democrática cuentan menos que actuar directamente en beneficio de lo que los delegados del mandato popular creen que son los mejores intereses de la nación. La posibilidad de pactos y de diálogo es limitada. Al verse como la encarnación de la voluntad nacional el presidente tiene pocos alicientes para concertar y dialogar con la oposición. Éstos no tienen más opción que actuar de forma similar al gobierno y usan mecanismos de dudosa legalidad para frenar al Presidente. Al final, como lo demuestran los casos peruano y ecuatoriano, los militares son llamados a resolver los problemas de los civiles y directa o indirectamente siguen siendo los últimos árbitros de los destinos de la nación, por lo que es difícil escapar del ciclo populismo-golpes de Estado que ha caracterizado la historia de la región. A diferencia del pasado, debido a una nueva coyuntura internacional que no ve con buenos ojos a las juntas militares, los militares no se ponen directamente al mando. Estas experiencias no deben llevarnos a unas generalizaciones pesimistas. Pues en el Brasil se siguieron las normas constitucionales y se fortaleció la sociedad civil en el proceso de destitución de Collor y pese a los rasgos autoritarios de Menem, al final se impuso una lógica más partidista y respetuosa de los procedimientos democráticos en la Argentina. Tal vez la gran innovación del caso argentino es el peso y la fuerza de la retórica de la ciudadanía y de los derechos producto de las luchas en contra de las violaciones de los derechos humanos (Cheresky, 1999; Peruzzotti, 1997) que han llevado a una transformación del peronismo de movimiento en partido político (Novaro, 1998).

No debería sorprender que el populismo sea parte constitutiva de algunas demo-

cracias latinoamericanas. Después de todo, las grandes mayorías siguen excluidas de los beneficios económicos, culturales y políticos. Los líderes populistas continúan encarnando las aspiraciones de los de abajo y articulando retos simbólicos y culturales en contra de las élites. Los movimientos populistas, además, parcialmente incluyen las demandas de los pobres y los protegen a través del clientelismo y del patronazgo. Pero la autoproclamación de los líderes populistas como la encarnación de las verdaderas aspiraciones populares y su retórica maniquea que construye la política como una lucha entre valores éticos, continúa presentando obstáculos fundamentales para la institucionalización de la democracia. Esta falta de vocación democrática no es una propiedad exclusiva de los líderes populistas. Algunos políticos que se autoproclaman como democráticos, racionales y modernos usan la retórica de la democracia, pero sus prácticas no siempre la respetan, sobre todo, en su afán de luchar en contra de los líderes populistas y sus seguidores a quienes consideran como masas irracionales y anómicas que deben ser civilizadas y educadas.

La persistencia del populismo, del clientelismo y la falta de respeto a las normas democráticas no deben llevarnos a una conclusión del todo pesimista. Es importante señalar que el uso, aunque sea demagógico, de la retórica de los derechos ciudadanos y de la democracia demuestran que éstos no siempre pueden ser ignorados y plantea la posibilidad de implementarlos como prácticas y discursos basados en un sistema que respete los derechos fundamentales. Por lo tanto, es importante diferenciar a la democracia comprendida como prácticas y discursos que marginan y silencian a grandes sectores, de la democracia como un ideal que debe realizarse. Pero para que se actualice este ideal se tiene que empezar por un análisis que acepte que el populismo es parte constitutivo de las democracias en algunas naciones latinoamericanas y no un rezago histórico. Además, para que la democracia se transforme en una realidad se tienen que democratizar las relaciones sociales en la vida cotidiana. Si las relaciones personalizadas de dominación no se modifican, y si no se considera a la gente común como ciudadanos, esto es, como sujetos de la ley con derechos y obligaciones, la política populista semiautoritaria y las acciones poco democráticas de sus retractsos no dejarán de existir.

Referencias

- Abal Medina, Juan Manuel. 2000. «Argentina. Resultado Anunciado», *Nueva Sociedad*, 165, enero-febrero: 12-21.
- Álvarez Junco, José. 1994, «El Populismo como Problema», en José Álvarez Junco y Ricardo González Leandri (eds.), *El Populismo en España y América*. Madrid: Catriel: 11-39.
- Auyero, Javier. 1998. «Todo por amor, o lo que quedó de la herejía. "Clientelismo populista" en la Argentina de los noventa», en Felipe Burbano (ed.), *El Fantasma*

- del Populismo. Aproximación a un Tema [Siempre] Actual*. Caracas: Nueva Sociedad: 81-119.
- Bourdieu, Pierre. 1998. *On Television*. New York: The New Press.
- Carvalho, Carlos Eduardo. 1993. «La caída de Collor», *Nueva Sociedad*, 124, marzo-abril: 22-27.
- Carrión, Andrés. 1997. «Y llegó el comandante y mandó a parar», en René Báez (ed.), *¿Y ahora qué?* Quito: Eskeletra: 117-144.
- Cheresky, Isidoro. 1999. «¿Hacia una nueva ciudadanía en la Argentina?», *Nueva Sociedad*, 159, enero-febrero: 76-87.
- Chevigny, Paul. 1995. *The Edge of the Knife. Police Violence in the Americas*. New York: The New Press.
- Da Matta, Roberto. 1991. *Carnivals, Rogues, and Heroes. An Interpretation of the Brazilian Dilemma*. Notre Dame: University of Notre Dame Press.
- Degregori, Carlos Iván. 1991. «El Aprendiz de Brujo y el Curandero Chino», en Carlos Iván Degregori y Romco Grompone (ed.), *Demonios y Redentores en el Nuevo Perú*. Lima: EEP: 71-137.
- De Ípola, Emilio. 1983. *Ideología y Discurso Político*. Buenos Aires: Folios Ediciones.
- De la Torre, Carlos. 1994. «Los significados ambiguos de los populismos latinoamericanos», en José Álvarez Junco y Ricardo González Leandri (ed.), *El Populismo en España y América*. Madrid: Catriel: 39-61.
- De la Torre, Carlos. 2000. *Populist Seduction in Latin America*. Athens: Ohio University Press.
- De Lima, Venicio A. 1993. «Brazilian Television in the 1989 Presidential Campaign: Constructing a President», en Thomas E. Skidmore (ed.), *Television, Politics and the Transition to Democracy in Latin America*. Washington and Baltimore: The Woodrow Wilson Center Press, y The Johns Hopkins University Press: 97-118.
- De Oliveira, Francisco. 1992. «Fernando Collor de Mello. Perfil de un Prestidigitador», *Nueva Sociedad*, 118, marzo-abril: 99-109.
- Franco, Carlos. 1990. «La Plebe Urbana, el Populismo y la Imagen del "Alumbramiento"», *Socialismo y Participación*, 52, diciembre: 43-52.
- Germani, Gino. 1971. *Política y Sociedad en una Época de Transición*. Buenos Aires: Paidós.
- González Cueva, Eduardo. 1999. «¿Auténtica Peruanidad? El Concepto de Representación Política en el Perú de Fujimori», en Fernando Tuesta Soldevilla (ed.), *El Juego Político*. Lima: Fundación Friedrich Ebert: 131-49.
- Hernández, Tulio. 1999. «Artículos sobre la situación venezolana», *Socialismo y Participación*, 86, diciembre: 175-184.
- Ianni, Octavio. 1975. *La Formación del Estado Populista en América Latina*. México: Editorial ERA.
- Informe Confidencial. 1997. *Encuestas sobre imagen y labor de Abdalá Bucaram*.

- Knight, Alan. 1998. «Populism and Neopopulism in Latin America, especially Mexico», *Journal of Latin American Studies*, 30: 223-48.
- Laclau, Ernesto. 1977. *Politics and Ideology in Marxist Theory*. London: Verso.
- Lander, Luis, y Margarita López Maya. 1999. «Venezuela. La Victoria de Chávez. El Polo Patriótico en las Elecciones de 1998», *Nueva Sociedad*, 160, marzo-abril: 4-20.
- Lins da Silva, Carlos Eduardo. 1993. «The Brazilian Case: Manipulation by the Media?», en Thomas E. Skidmore (ed.), *Television, Politics, and the Transition to Democracy in Latin America*. Washington and Baltimore: The Woodrow Wilson Center Press, y The Johns Hopkins University Press: 137-45.
- Lynch, Nicolás. 1997. «New Citizens and Old Politics in Peru», *Constellations*, 4 (1): 124-41.
- Lynch, Nicolás. 1999. «Neopopulismo, un concepto vacío», *Socialismo y Participación*, 86, diciembre: 63-81.
- McClintock, Cynthia. 1999. «¿Es autoritario el gobierno de Fujimori?», en Fernando Tuesta Soldevilla (ed.), *El Juego Político*. Lima: Fundación Friedrich Ebert: 65-97.
- Moisés, José Álvaro. 1993. «Elections, Political Parties and Political Culture in Brazil: Changes and Continuities», *Journal of Latin American Studies*, 25: 575-611.
- Novaro, Marcos. 1996. «Los populismos latinoamericanos transfigurados», *Nueva Sociedad*, 144, julio-agosto: 90-104.
- Novaro, Marcos. 1998. «Populismo y gobierno. Las transformaciones en el peronismo y la consolidación democrática argentina», en Felipe Burbano (ed.), *El Fantasma del Populismo. Aproximación a un Tema [Siempre] Actual*, Caracas: Nueva Sociedad: 25-49.
- Novaro, Marcos, y Vicente Palermo. 1996. *Política y Poder en el Gobierno de Menem*. Buenos Aires: FLACSO-Norma.
- Nun, José. 1994. «Populismo, representación y menemismo», *Sociedad*, 5: 93-121.
- O'Donnell, Guillermo. 1973. *Modernization and Bureaucratic Authoritarianism: Studies in South American Politics*. Berkeley: University of California Press.
- O'Donnell, Guillermo. 1994. «Delegative Democracy», *Journal of Democracy*, 5: 1, january: 55-69.
- Ortiz, Benjamín. 1977. «La Negociación Un sánduche en el Hotel Quito», en Diego Cornejo (ed.), *¡Que Se Vaya! Crónica del Bucaramato*. Quito: Edimpres-Hoy: 73-84.
- Panfili, Aldo. 1997. «The Authoritarian Alternative: 'Anti-Politics' in the Popular Sectors of Lima», en Douglas Chalmers, Carlos Vilas, Katherine Hite, Scott B. Martin, Karianne Piester y Monique Segara (eds.), *The New Politics of Inequality in Latin America*. Oxford: Oxford University Press: 217-237.
- Peruzzotti, Enrique. 1997. «La naturaleza de la nueva democracia argentina», *Ecuador Debate*, 42, diciembre: 130-47.
- Petras, James. 1997. «Alternatives to Neoliberalism in Latin America», *Latin American Perspectives* 24, 1: 80-91.

- Perruci Gamaliel y Steven Sanderson. 1989. «Presidential Succession, Economic Crisis, and Populist Resurgence in Brazil», *Studies in Comparative International Development*, otoño, 24, 3: 30-50.
- Pinheiro, Paulo Sérgio. 1994. «The Legacy of Authoritarianism in Democratic Brazil», en Stuart S. Nagel (ed.), *Latin American Development and Public Policy*. New York: St. Martin's Press: 237-253.
- Pinheiro, Paulo Sérgio. 1997. «Popular Responses to State-Sponsored Violence in Brazil», en Douglas Chalmers, Carlos Vilas, Katherine Hite, Scott B. Martin, Karianne Piester y Monique Segarra (eds.), *The New Politics of Inequality in Latin America*. Oxford: Oxford University Press: 261-80.
- Pinheiro do Nascimento, Elimar. 1994. «Adios Señor Presidente: Análisis del Proceso de la Renuncia de Collor de Mello», *Ecuador Debate*, 33, december: 64-85.
- Poolle, Deborah, y Gerardo Rénique. 1992. *Peru Time of Fear*. London: Latin American Bureau.
- Quijano, Aníbal. 1998. «Populismo y fujimorismo», en Felipe Burbano, *El Fantasma del Populismo. Aproximación a un Tema [Siempre] Actual*, Caracas: Nueva Sociedad: 171-207.
- Roberts, Kenneth. 1995. «Neoliberalism and the Transformation of Populism in Latin America. The Peruvian Case», *World Politics*, 48, october: 82-116.
- Roberts, Kenneth, y Moisés Arce. 1998. «Neoliberalism and Lower-Class Voting Behavior in Peru», *Comparative Political Studies*, 31, 2: 217-46.
- Salcedo, José María. 1995. *Terremoto: ¿Por qué ganó Fujimori?* Lima: Editorial Brasa.
- Sartori, Giovanni. 1998. *Homo videns: La Sociedad Teledirigida*. Madrid: Taurus.
- Schmidt, Gregory D. 1999. «Crónica de una reelección», en Fernando Tuesta Soldevilla (ed.), *El Juego Político*. Lima: Fundación Friedrich Ebert: 97-131.
- Schedler, Andreas. 1996. «Anti-political-establishment parties», *Party Politics*, 2, 3: 291-312.
- Schedler, Andreas. 1997. «Introduction: Antipolitics-Closing and Colonizing the Public Sphere», en Andreas Schedler (ed.), *The End of Politics? Explorations into Modern Antipolitics*. New York: St. Martin's Press: 1-21.
- Skidmore, Thomas E. 1993. «Politics and the Media in a Democratizing Latin America», en Thomas E. Skidmore, *Television, Politics, and the Transition to Democracy in Latin America*. Washington and Baltimore: The Woodrow Wilson Center Press, y The Johns Hopkins University Press: 1-23.
- Straubhaar, Joseph, Organ Olsen y Maria Cavaliari Nunes. 1993. «The Brazilian Case: Influencing the Voter», en Thomas E. Skidmore (ed.), *Television Politics, and the Transition to Democracy in Latin America*. Washington and Baltimore: The Woodrow Wilson Center Press, y The Johns Hopkins University Press: 118-137.
- Taguieff, Pierre-André. 1995. «Political Science Confronts Populism: From a Conceptual Mirage to a Real Problem», *Telos*, 103, primavera: 9-43.

- Thompson, E. P. 1971. «The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteen Century», *Past and Present*, 50, febrero: 76-136.
- Touraine, Alain. 1989. *América Latina: Política y Sociedad*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Torquato, Guadencio. 1993. «Ambientando la destitución de un presidente», *Chasqui*, 44, enero: 10-11.
- Vilas, Carlos. 1995a. «Entre la democracia y el neoliberalismo: los caudillos electorales de la posmodernidad», *Socialismo y Participación*, 69, marzo: 31-43.
- Vilas, Carlos. 1995b. «Estudio preliminar. El populismo o la democratización fundamental de América Latina», en *La Democratización Fundamental. El Populismo en América Latina*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes: 11-118.
- Vilas, Carlos. 1997. «Participation, Inequality, and the Whereabouts of Democracy», en Douglas Chalmers, Carlos Vilas, Katherine Hite, Scott B. Martin, Karianne Piester y Monique Segarra (eds.), *The New Politics of Inequality in Latin America*. Oxford: Oxford University Press: 3-43.
- Weyland, Kurt. 1993. «The Rise and Fall of President Collor and Its Impact on Brazilian Democracy», *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, 35, 1: 1-37.
- Weyland, Kurt. 1996. «Neopopulism and Neoliberalism in Latin America: Unexpected Affinities», *Studies in Comparative International Development*, 31, 3: 3-31.
- Weyland, Kurt. 1998. «Swallowing the Bitter Pill: Sources of Popular Support for Neoliberal Reform in Latin America», *Comparative Political Studies*, 31, 5: 539-568.

CARLOS DE LA TORRE

E-mail: cdelator@drew.edu

Profesor de Sociología en Drew University, New Jersey, Estados Unidos. Ha publicado sobre populismo latinoamericano y sobre racismo en revistas especializadas. Entre sus libros destacan, *Populist Seduction in Latin America*, Athens: Ohio University Press, 2000; *El Racismo en Ecuador: Experiencias de los Indios de Clase Media*, Quito: CAAP, 1996.